

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

¡Pido la palabra!



—Tranquílense ustedes, señoras. No llegará la primavera próxima sin que termine la guerra de Cuba. ¡Lo ha prometido el general en jefe! Ahora, lo que yo no puedo asegurar á ustedes es si relevaremos ó no relevaremos al general en jefe antes de esa fecha.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—De primera clase, por Juan Pérez Zúñiga.—Carrera de toro, por Eduardo de Palacio.—En el baile, por Sinesio Delgado.—La sardina, por Ricardo J. Catarinen.—Bodas del diablo, por Angel R. Chaves.—El espanto de la forma, por Luis de Ansoarena.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: ¡Pido la palabra!—¡Al tren, señores! ó las fatigas de un viajero de primera clase (ocho viñetas).—Fin de temporada.—Política internacional, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Ya estamos aquí todos los que fuimos á Italia, invitados por la prensa de aquel país para presenciar la botadura del *Cristóbal Colón*.

Después de quince días de viajes, amenizados con banquetes, recepciones, serenatas, «vivas» y marchas reales, volvemos á la vida laboriosa del periodismo, y re-

cordando los sabrosos macarrones á la *poma d'oro*, nos entregamos de nuevo al garbanzo infame.

Aquí, en Madrid, no somos nadie, como quien dice; en Génova, Florencia y Roma figurábamos en el número de las personas ilustres. ¿Cuándo íbamos á suponer que se nos tocaría la marcha real al hacer nuestra aparición en el teatro?

¿Quién iba á decirme á mí que me saludarían con el pañuelo las señoritas de Roma al presentarme en el palco?

¡Cuán ajeno estaba yo de que había de oír una misa en el Vaticano, siendo oficiante el Sumo Pontífice!...

Para que el hombre llegue á los más altos puestos, necesita salir de su tierra.

«Nadie es profeta en su patria.» Aquí me tutean una porción de personas insignificantes; en Italia me han llamado «ilustrísimo» muchos caballeros de elevada posición social.

En Roma era yo el «egregio» *redattore* de *L'Imparciale*; en Vigo, donde tuve «la comodidad» de nacer, siguen llamándome todos «Luisito, el hijo de D.^a Eulalia».

Poco que se hubiera reído la señora Pepa, la *Asturiana*, frutera de Vigo, si me hubiese visto en Florencia, mano á mano con el alcalde, siendo objeto de las mayores atenciones.

—¡Jesús, qué cosas pasan!—diría la asturiana de referencia.— ¡Luisito sentado junto al alcalde! Parece que fué ayer cuando salía de la escuela y venía á comprarme dos cuartos de peras *urraoas!*

Los que hemos estado en Italia, formando colectividad periodística, vamos á tener que sufrir durante mucho tiempo los rigores de la decepción más espantosa.

Empezando porque llegaremos á Apolo ó á la Zarzuela, y la música no nos tocará nada.

Iremos á tomar un coche humilde, y el auriga nos cobrará la miserable peseta... En Italia teníamos á nuestra disposición coches y lacayos. Salfamos á dar una vuelta, coche; íbamos al teatro, coche; necesitábamos comprar pitillos, coche.

Ha habido alguno que usaba coche hasta para ir desde la fonda á la peluquería, situada dos casas más abajo, en la misma acera. Á ese periodista le vi ayer por la calle de Alcalá cargado con un melón y una perra.

—¿Adónde vas?—le pregunté.
—Voy al harrio de Pozas á llevar esto de parte de mi director.
—¿Te acuerdas de los carruajes de Roma?
—¡Ay! No me los recuerdes. ¡Aquél sí que es un país culto! Allí sí que se respeta el talento!...

Durante nuestro viaje por Italia no hemos tenido que sufrir el más leve contratiempo. Hubo síntomas, pero nada más que síntomas.

Y fué por haber asistido á la misa del Sumo Pontífice. Se nos invitó el santo sacrificio, y cuando nos disponíamos á asistir, llenos de gratitud y de amor al culto, vino el presidente de la Asociación de la Prensa y dijo estas palabras, que traduzco al castellano para mayor claridad:

—¿Qué van ustedes á hacer? ¿Acaso ignoran que mañana es día 20 de Setiembre?

—¿Y qué?

—¿No saben ustedes que es el aniversario de la entrada de las tropas italianas en Roma?

—¿Y qué?

—Todo el que asiste mañana al Vaticano se declara enemigo del Gobierno.

—¿Carapel!

—El acto de ustedes se traducirá como una protesta contra el rey de Italia.

—¡Cielos!

Los estudiantes romanos, que pensaban hacer una manifestación de simpatía hacia la prensa española, han tenido conocimiento del acto que van ustedes á realizar, y en vez de aplausos habrá silbidos, y en lugar de flores arrojarán patatas...

—¡Pero si nosotros no queremos faltar á nadie!... ¡Si somos inocentes!... ¿Cómo evitar el daño?

—Hay un medio.

—Hable usted.

—Después de la misa del Papa se dirigen ustedes veloces á poner su firma en el álbum dedicado al difunto Víctor Manuel.

—¿Quién es ese Víctor?—pregunté yo.

—El rey de Italia, que en paz descanse.

—Pero ¿qué? ¿Ha muerto el rey de Italia? Es la primera noticia que tengo.

—El rey padre del actual.

Algunos fuimos á la misa y después de la misa á firmar en el álbum, y después... después hubiéramos ido á cualquier parte con tal de salir del apuro.

Y resultó de todo esto que hemos encendido una vela á San Miguel y otra al demonio.

MADRID CÓMICO no envió á Italia ningún representante. Y me preguntaban los periodistas de allá:

—¿Quién de ustedes es Sinesio Delgado? ¿Quién es Cilla?

—Ni el uno ni el otro han podido dejar sus tareas; pero aquí está el MADRID CÓMICO en espíritu; y á falta de mejor representante, está aquí este cura.

—¿Cómo? ¿Es usted sacerdote?

—No; es una manera de hablar que tenemos en España. Yo, aunque me esté mal el decirlo, soy seglar.

—Pues, salvo el bigote, parece usted un presbítero.

Yo, prescindiendo de estas opiniones, puse mi firma en el álbum del Palacio viejo de Florencia en esta forma:

LUIS TABOADA

Redactor de MADRID CÓMICO.

Usted dirá, querido Sinesio, si está conforme con mi conducta.

Idem id.

★

DE PRIMERA CLASE

¡Qué joven más hermosa subió el martes al coche de primera donde iba yo á Toledo, y qué señora tan rara iba con ella! Las tuve que dejar, contra mi gusto, junto á la portezuela y ponerles los bultos en buen sitio sufriendo mil molestias. Un cajón, dos perritos, una manta, un saco, tres maletas, un mochnelo en su jaula, una bandurria, un botijo y dos cestas era lo que llevaban. Parecióme la madre una pantera,

y siguió molestándome de un modo
que agotó mi paciencia.
Mas dije: «¿Qué demontre! La muchacha
me encanta, me embelesa,
y he de hacer por ganar su simpatía
cuanto de mí dependa.
Los ojos de la joven eran ascuas,
mis ojos eran yescas,
y conforme ganábamos terreno
se avivaba la hoguera.
Entretanto la madre me cargaba
sin descanso ni tregua
preguntándome cosas importantes,
pidiéndome tijeras,
comiéndome la flor de lo que envuelto
llevaba de merienda,
poniéndome en el vientre al estirarse
dos pies como dos perchas,
haciéndome en algunas estaciones
bajar por agua fresca,
y exigiendo en Esquivias mis auxilios,
porque al ver una recua
se acordó de su esposo y de repente
la dió la pataleta.
Yo todo lo sufría con cachaza,
pues la joven ¡qué buenal
pagaba mis servicios con sonrisas
y frases lisonjeras,
precuroras de dichas inefables
y alivio de mis penas.
Llega el tren á Pantoja, que es en donde
residen mis viajeras.
Se asoma mi *gachí* á la ventanilla.
Un hombre al tren se acerca.
Ella le ve y exclama: «Esposo miolo
Yo quedo hecho una pieza.
La madre, con sus bultos, como un sapo
tras la joven se apea
y al bajarse me pone á mí una cara
de vinagre de yema.
Suenan la campanilla, suena el pito,
y dentro de mí suena
una voz que me dice: «¡Te lucistel
(Cuidado que eres bestial!»
¡Lástima de mujer! Porque he sabido
que es la fiel compañera
de un joven tan borríco que en su huerto
á lo mejor se empeña
en injertar un rábano en un chopo
y las lechugas riega
con aceite y vinagre, por si brotan
las ensaladas hechas.
Lo ocurrido me sirve de escarmiento.
Otra vez que me vea
junto á una hermosa que conmigo viaje,
le diré: «¿Usted es doncella?»
¿Que dice que está libre? Pues me quedo
con los bultos que tenga.
¿Que dice que es casada? Pues de un brinco
me planto en la perrera.

Juan Pérez Simón.

Carrera de toro.

Ustedes supondrán que es empresa fácil y que puede acometer con fruto cualquier hombre de buena voluntad. Pero no es así.

El toro bravo nace como un senador vitalicio, ó un subteniente de alcalde, es verdad.

Es animal de gusto tan delicado como el ruiseñor parlante, que, según informes de un pajarero, se alimenta con picadillo de corazonas de trovador *medieval* en conserva.

Necesita el toro pasto abundante y fresco, sol ardiente y un director que le inicie en el arte de cornear, que le haga toro, si puede.

Un añojo es, tal vez, el borrador de una eminencia, si tiene buena sangre y buen director, no espiritual, sino facultativo.

El becerro necesita sol ardiente, alimento fresco y jugoso; nada de bebida: agua pura y nada más.

La educación de un joven, becerro de su propio natural, exige cierto espíritu de observación en el director, y prudencia para no precipitar los acontecimientos.

Es preciso atender á las naturales inclinaciones del discípulo, llevarle la corriente, en tanto que no se extravíe por los malos ejemplos ó por las malas compañías... taurinas.

Durante su menor edad se halla sujeto á varias enfermedades. El período de la cornición es muy delicado.

Una imprudencia, leve al parecer, y muy excusable en su tierna edad, puede ocasionarle un *despitarramiento* ó la pérdida total de un cuerno. Dios libre á los que tengan... intereses comprometidos en asuntos de toros.

Cualquier desgracia, por leve que sea, en su físico le perjudica en su representación social, incapacitándole para ser toro de mil quinientas pesetas para arriba y dejándole reducido á toro para novilladas; lo cual es una humillación para un cornudo que se estime en algo.

Fino por naturaleza, asado y aristocrático, el toro huye del tango y aborrece á los vaqueros, por bastos; que hablan como si apedrearán ó que apedrean cuando hablan.

El vaquero se impone por el terror á los cornúpetos, como algunos hombres á otros hombres humildes de nacimiento y de carácter.

El toro no vive solamente de pan, como el hombre; es decir, no vive sólo de pasto, como el hombre, que, como éste, necesita educación.

Educación taurina, por supuesto.

Herraderos, tientas... y otras asignaturas.

Los preceptores aconsejan á los becerros en prácticas:

- Sé bravo y no temas al hombre. ¿Quién es el torero comparado contigo? Una mariposa—como decía un maestro sastre abonado á barrera á un matador de toros vestido en diversidad de metros, ó sea de colorines.—¿Y el caballo? Una víctima suicidada por el hombre...

Y el toro se hace bravo y mata y destroza y...

La carrera de toro es hoy más corta que en otros tiempos.

Ayer no declaraban toro al animal que no hubiera cumplido, cuando menos, cinco años.

Ahora declaran toro sorteable al que ha cumplido cuatro años, y aun antes puede serlo quien lo solicite.

En otros tiempos pagaban la vida de un toro con menos de mil pesetas.

Ahara no se presenta en el ruedo un toro con vergüenza por menos de mil cuatrocientas ó quinientas pesetas.

Es decir, que hoy se puede ser toro *dignamente*.

Yo, por mi parte, no siento aspiraciones tan altas.

Eduardo de Palacio.

¡AL TREN, SEÑORES!

LAS FATIGAS DE UN VIAJERO DE PRIMERA CLASE



—Aquí no puede ser.



—Ni aquí tampoco.



-Ni aqui.



-¡Toma! ¡Si es el correo!



-Aqui menos.



-Gracias á Dios, aqui hay un asiento desocupado.



-¡Imposible!



-¡Y pensar que el resto del tren va vacío!

En el baile.

Mascarita, no te fies de las frases de ese pillo que, atusándose el bigote y endilgándote suspiros, va buscando tus pupilas para amortiguar su brillo con los rayos de sus ojos, que él se figura mortíferos.
Tú eres ¡já la vista saltal nueva en estos laberintos, y no sabes que á los bailes no vienen más que los pícaros;

y ése, en cuyo brazo apoyas el tuyo, te ha conocido la cortedad en el habla y el pudor en el estilo.
¿No ves, pobre mascarita, que denuncian tus principios ese disfraz tan modesto y ese gusto tan sencillo, que están diciendo muy alto que á este lugar te ha traído la curiosidad maldita de ver lo que nunca has visto?

Fueras tú de rompe y rasga y, en vez del aire encogido, que te ha de costar muy caro si no escapas del peligro, el carácter desenvuelto demostraras dando brinco, y á las palabritas dulces contestaras con pellizcos, para acabar presentando tu factura de atractivos, que ha de pagarse con ostras, jamón, pavo y langostinos.
Vieras entonces al hombre que te agasaja rendido y á cada vuelta te ofrece más ventura y más cariño,

ir cediendo en su locura, volverse formal y digno, echar agua en ese fuego que le está abrasando vivo y, pretextando deberes que cumplir con los amigos, entregarte á tú mamita, que duerme en un rinconcito.
Pero ¡ay, mascarita! temo que llegue tarde el aviso, y embriagada con la atmósfera que traidor perfuma el vicio, creas tus dulces ensueños en realidad convertidos, para probar amarguras, desengaños y suplicios.

Porque has de saber, paloma
sin hiel, fugada del nido,
que los amores eternos
no brotan del torbellino,
y corre riesgo tu fama
de quedar en entredicho;
porque entre esos calaveras
que se las dan de corridos
¡hay quien no peca y lo dice,
y hay quien peca por decirlo!

Sinciso Delgado.

★

La sardinera.

I

La sardinera Rosa
es una rosa por el sol quemada,
que siendo rubia pasa por morena,
cuanto más sucia más apetitosa,
más bella cuanto más desarreglada
y cuanto más impúdica más buena.
Donde ella pasa, todo lo ilumina
y, con instinto de saber profundo,
para ella hay tres objetos en el mundo:
comer, dormir y despachar sardina.
Vive sin inquietudes
y ríe, como el sol, con fulgor propio,
y de blasfemias recogiendo acopio,
encubre con blasfemias las virtudes.
Y cuando en Occidente el sol desmaya,
al volver las traineras de la pesca,
se la ve por el muelle y por la playa
cantando á gritos: «¡La sardina fresca!»

II

Y fué (quién sabe cómo fué, ni cuándo)...
¡La fuerza de los impetus sensuales!
¡La realidad sin lógica, matando
ansias de fe y amores ideales!
Le vió, le quiso; era elegante, hermoso
y la miraba con mirar profundo.
¿Cómo ha de despreciar á un poderoso
una mujer que es para todo el mundo?
Los placeres, alegres y excitantes,
le abrieron los abismos asfixiantes
en que por sendas ásperas camina.
¿Qué importa? ¡Vivió en broma unos instantes!
Sólo hay tres cosas serias é importantes:
comer, dormir y despachar sardina.

III

Hoy vuelven las traineras de la pesca
y Rosa, deshonrada y sonriente,
á los hombres contempla indiferente,
cantando á gritos: «¡La sardina fresca!»
Si alguien censura su impudor sin nombre,
dice: «Prefiero la sardina al hombre».
Y, uncida de la vida al duro carro,
para todos ingrata,
deja los hombres, de color de barro,
por las sardinas, de color de plata.

Ricardo J. Catarinen.

Fin de temporada.



—Bueno, y ¿qué he venio á sacar en limpio? Mucha conversación, una ilusión menos y catorce grandes de cebada que como no los cobre el día del juicio por la tarde...

Bodas del diablo.

(CUENTO CASI DE BRUJAS)

I

No había nada que me causara tanto miedo. Con aquella barbilla puntiaguda y remangada que parecía buscar la afilada nariz, que la ausencia de los dientes hacía caer sobre los casi invisibles labios; con aquel rostro anguloso y de color achocolatado, que atravesaban por todas partes los profundos surcos de unas arrugas inverosímiles, y sobre todo con aquellos ojillos felinos que parecían mirar desde el fondo de dos cuevas, era imagen tan fiel, trasmunto tan acabado de aquellas brujas que figuraban en todos los cuentos que se contaban durante las veladas del invierno en torno del hogar, que nadie me hubiera convencido de que la tía *Gurriata* no tenía hecho pacto con los diablos para irles llevando poco á poco al infierno á todos los chiquillos del lugar.

Verla asomar, sobre todo al caer de la tarde, por la esquina de una calleja, era ponerme en la más espantosa fuga, y fuga tan desordenada é inconsciente que, á pesar de constarme que con aquellas piernas apenas podía sostener, en unión del báculo en que se apoyaba, su cuerpecillo enteco y más encorvado que arco de violín, corría sin descanso hasta mucho después de haberla perdido de vista, y no me daba por satisfecho hasta verme en mi casa atrancando, una vez dentro, la puerta, y no teniendo seguridad de que por las mismas rendijas no se colaría aquella visión salida de los antros infernales.

Eso sí, no éramos solos los rapaces menores de doce años los que participábamos de un odio implacable hacia la tía *Gurriata*. Aunque sin tenerla el mismo miedo, no le profesaban menor aversión los mayores, sobre todo desde que habíamos declarado la guerra al francés, porque también Foncencuña, con sus tres docenas mal contadas de casas, había enviado su cartel de desafío al capitán del siglo, como todas las demás poblaciones de España.

Esto—del odio á la viejecilla hablo—obedecía á una causa. Si la que yo tenía por tan bruja como aquellas que cuentan que en mejores días para tan respetable clase se reunían en Barahona ó Zu-

garramundi había sido mirada desde antiguo con enojo por sus sordideces y desabrimientos, desde que teníamos al invasor dentro de casa nos la hacíamos odiosa su no recatado afrancesamiento.

En su tono de sibila de paño pardo, mucho antes de que Napoleón hubiera metido el cuneo en nuestras cosas, venía anunciando que un ejército poderoso nos barrería de un extremo á otro de la Península, y que sólo los escogidos—en cuyo número es claro que se contaba ella—sobrevivirían á unacatastrofe provocada por nuestros pecados.

Pero en el fondo el único pecado que había era el suyo, y pecado en que bien es que se confiese que no faltaba que alabar. Ella, que parecía incapaz de amar otra cosa que las peluconas que á fuerza de miseria tenía enterradas, las hubiera dado todas, y de añadidura la vida, por su nieta, pimpollo de agraciadísimo rostro y de diez y ocho ahriles entonces, y que ni en lo físico ni en lo moral se parecía en nada á su condenada abuela.

Pero aquí entra lo que trocaba en falta aquella loable virtud. Fuera el olor de los pañones, fuera las personales prendas de la doncella, lo cierto es que no faltaban mosos que, bebiendo por ella los vientos, la hubieran hecho su mujer con gran regocijo; pero la endiablada vieja á todos despedía y abuyentaba diciendo que Antonia—que así se llamaba la nietezuela—sólo sería de un militar cargado de galones y de veneras, que por permisión de Dios había de venir de lejanas tierras á recibir tal tesoro como premio de sus hazafias.

II

Excusado es decir que en cuanto se enteró de que desde el enrisado Pirene—así llamaba el dómene del lugar vecino, que era el que me enseñaba á silabear, á la frontera que acababa de pasar el francés—había caído un enjambre de soldados de fortuna, ganosos de hacer botín de guerra de nuestra desgraciada patria, fué para ella artículo de fe que con tal tropa venía el empenachado y galoneado guerrero de sus sueños.

Al principio su locura no hizo más que dar que decir, pero cuando, al cabo de algunos meses, empezaron á correr voces de que los invasores se acercaban, y que Foncencuña no se libraría del azote que ya había dejado asolado más de un pueblo de la comarca, no faltó quien supusiera á la tía *Gurriata* en íntima relación con los no pocos espías con que contaba el francés, y en no mucho estuvo que pagara con el pellejo su real ó supuesta alevosía, antes de darle tiempo á ver realizadas sus locas ambiciones.

Sin embargo, nuestro digno alcalde, que en modo alguno podía ser sospechoso de falta de españolismo, y que dividía las altas funciones de su cargo con el modesto lugar que ocupaba en una de las partidas formadas en la sierra vecina, tomó á su cargo la defensa de la pobre loca, y arregando á los amotinados logró convencerlos de que no era buen modo de dar principio á hazafias que bien podría conservar en sus imprecaderas páginas la historia cebarse en un carcamal incapaz de hacer más daño que esos moscardones que no pasan ni pueden pasar de molestarnos con sus zumbidos.

III

Á fines de Noviembre del 8, Foncencuña estuvo á punto de inmortalizar su casi desconocido nombre.

Paso imprescindible para las huestes invasoras, su situación permitía al pueblo contener con escasas fuerzas su empuje, y dando lugar con ello á la llegada de una división de tropas regulares que á marchas forzadas se dirigía á tal punto, de tal manera podía entorpecer los planes del francés que posible era que aquello cambiara la situación de las cosas.

Todo estaba dispuesto con el mejor orden. Unos cuantos centenares de esforzados serranos, que en escaramuzas anteriores habían logrado hasta hacerse con un par de bocas de fuego procedentes del enemigo, guardaban el único punto accesible conocido por los gabachos, y como por confidencias recientemente recibidas se sabía que unas breves horas darían lugar á la llegada del expresado refuerzo, todo saldría á pedir de boca, con tal de que hubiera ánimos para no dejar avanzar al francés.

IV

Que tal esfuerzo no faltó no necesita decirse. Los serranos no eran hombres, eran fieras enardecidas por un triunfo que se tenía por seguro.

Los franceses, que por dos veces habían puesto el pie en los picachos que servían de defensa natural al pueblo, habían sido ambas rechazados, y sus pérdidas eran tantas que en los pechos más esforzados imponían pavor.

El que hacía de jefe de los nuestros, envaletonado por la victoria la segunda, no se contentó con ella; quiso picarles la retirada, quiso enrollarlos hasta la llanura, y para ello se lanzó en persecución de los fugitivos.

Más ¡ay! no había hecho más que dar algunos pasos, apenas había dejado su segura y formidable posición, el terrible grito de unos han vendido; heló la sangre en las venas de todos.

Por un desfiladero, que por ser conocido sólo de escasas gentes del país se había dejado por dentro desguarnecido, caía sobre nosotros un verdadero aluvión de franceses, comunicándonos con el pueblo.

Al frente de los soldados imperiales, desgreñada, chispeándole

los ojos y sin hacer caso de las balas, trepaba con una agilidad diabólica la tía *Gurriata*.

Indudablemente, en un mocetón que llevaba sobre los hombros las charreteras de coronel y el pecho cubierto de cintajos y galonaduras había reconocido al demandado guerrero que el cielo le mandaba como único digno de poseer la hermosura de su nietezuela, y le conducía, no al pueblo, que deseaba ver trocado en cenizas, sino á su propia casa, que se le antojaba suntuoso palacio dispuesto para aquellas bodas extrahumanas.

V

Y para el coronel fué lástima que llegara un poco tarde.

Cuando, después de cruzar el pueblo, entregado al más horrible de los saqueos, llegó, siempre guiado por la bruja, á la casa de su prometida, ya nada tuvo que hacer allí.

La infeliz y hermosísima Antonia, presagando todas las venturas que la deparaba su abuela, se había ahorcado de una de las vigas del pajar.

Angel R. Chavez.

EL ESPANTO DE LA FORMA

I

¡Qué placer, qué descanso y qué alegría
más grandes sintió Juan
al terminar la estatua que le había
costado tanto afán!
Con el ansia infinita de la gloria
el pobre la empezó,
y antes de que obtuviera la victoria
como un titán luchó.
El barro á su deseo se negaba
con terquedad cruel,
y la divina forma que soñaba
huía del cincel.
Horas de un angustioso sufrimiento,
de febril ansiedad...
¡Pletórico de vida el pensamiento,
nada en la realidad!
La lucha entre el recelo y la esperanza,
hoy luz... sombra después...
¡La altiva frente que hasta el cielo avanza
y en la tierra los pies!...
Al dar remate á la feroz faena
todo Juan lo olvidó;
sintióse satisfecho y dió por buena
la lucha que libró.
Y mirando la estatua concluida,
dijo, lleno de fe:
«Casi me dió la muerte el darla vida,
¡pero es la que soñé!
Aunque sé qué esta imagen prodigiosa
para algunos, quizás,
será, tan sólo, la mujer hermosa,
¡para el artista es más!
Esa mirada, al parecer tan pura,
disfraza la traición...
Se ve el alma marchando á la locura...
se ve la tentación.
Aun la lucha acrecienta su martirio...
mas ¡qué importa su afán?...
Quemadas por el fuego del delirio,
esas alas, caerán!
El abismo es el fin de su carrera...
Por más que intente huir,
la suerte así lo exige... ¡Aunque no quiera,
tiene que sucumbir!»

II

Mirando fijamente á la escultura,
algún tiempo después,
con algo de temor y de amargura,
dijo al artista Inés:
«Quisiera contemplarla... mas no puedo...
Será aprensión quizás,
pero hay algo en su cara que da miedo...
Fíjate... y lo verás...»
Rió Juan del espanto de su esposa
y dijo: «No ha de haber!
¡Hay que surge la infamia cantolosa
de la virtud de ayer!
¡Tras de beldad tan grande no adivinas
el profundo dolor
de un pasado feliz que se hace ruinas
que entierran un amor!
Mírala sin recelo, frente á frente...
Desde más cerca... Ven...
¡Ese alma no es impura solamente...
¡es traidora también!»

No es la mujer que, al entregarse, entrega sólo su cuerpo... ¡no!
sino que en la ola de su infamia anega el alma que la amó!
Hay locura y espanto... Está á la vista...
Pero ¿tú no lo ves?
Y «¡Es verdad! ¡es verdad!» dijo al artista, casi llorando, Inés.

III

Se comprende el inmenso desconsuelo que el pobre Juan sintió viendo un día, hecha trizas, por el suelo, la estatua que formó.
«¿De quien será, llorando repetía, la mano criminal que roba toda la esperanza mía de modo tan brutal?
¿Cómo, cuando á mi estatua se acercaba, no tuvo compasión, pensando que, al romperla, destrozaba también mi corazón?»
Repite un nombre y otro, y no adivina quién pudo el daño hacer, y convertir en un momento en ruina sus afanes de ayer.
Y entretanto su esposa, que le acecha, dice: «En vano temi...
Sufre mucho, es verdad, mas no sospecha nada... ¡Más vale así!
No era posible que viviera en calma viendo esa estatua... ¡no!
¡Es bastante que yo lleve en el alma lo que en barro él formó!»

Luis de Ansorena.

POLÍTICA INTERNACIONAL



—Ya sé para qué andamos ahora buscando una alianza con Italia. Para inundar la isla de Cuba de organillos y ruitas. Y así se morirá uno del vómito, pero con distracciones cultas...

CHISMES Y CUENTOS

Los que seguimos desde casa el movimiento relativamente artístico de las funciones teatrales pasamos á veces unos apuros muy gordos para saber á qué atenernos.

Porque, por ejemplo, en la inauguración de la Zarzuela se representó *El estreno de una artista* y, naturalmente, los aficionados hubiéramos dado un ojo de la cara por enterarnos de cómo había salido la representación. Pero no hemos podido.

Porque *El Liberal* nos dijo por la mañana lo siguiente:

«Es siempre digno de encomio el propósito de desenterrar obras que en su día obtuvieron la aprobación del público y de la crítica; pero para tan laudable intención se necesitan elementos de que por desgracia carece la compañía de la Zarzuela. Es mucha música aquella para tan modestos artistas... Por eso el público acogió con frialdad la *exhumación* de la bellísima partitura de Gastambide.»

Y vino *La Correspondencia* y nos dijo por la noche:

«Con el precioso propósito de Ventura de la Vega y Gastambide, *El estreno de una artista*, hizo su presentación en este teatro y en el género chico la Sra. Mantilla, de la cual no necesitamos hacer el cumplido elogio que merece... De modo *inimitable* dijo la canción de la gitanilla... Completaron la ejecución *perfecta* del propósito clásico... etc.»

¡Y ahora que baje el propio Júpiter olímpico y lo entienda!

Por un lado carencia de elementos, modestos artistas, frialdad del público.

Por otro ovación continua, ejecución perfecta, modo *inimitable*.

¡Dios mío! ¡Ni en el conocimiento de la perfección absoluta estamos conformes!

Por eso hay tantas guerras.

Los periódicos ministeriales, siempre que hablan del Sr. Cánovas, le llaman todavía el *ilustre jefe* del Gobierno.

Pero ¡carástola! ¿qué es lo que hay que hacer aquí para demostrar la ineptitud y perder todo derecho á apelativos rimbombantes?

Porque si Cánovas es ilustre después de haber puesto á España á dos dedos de la ruina, Carlos II el Hechizado debe pasar como genio militar, político y *administrativo*...

Paris es el cerebro de Europa.

Y en este cerebro, que Dios nos conserve muchos años, se alquilan sitios de ventanas en las calles por donde ha de pasar el czar á 500, 800, y 1.000 francos cada uno.

Lo cual quiere decir que ya no se puede llevar la majadería más adelante.

Y si esto pasa en el cerebro, figúrense ustedes lo que sucederá en las extremidades, que somos Turquía y nosotros, para servir á Alá y á Dios, respectivamente.

Poquito á poco se van recibiendo noticias detalladas de la insurrección de Filipinas, no porque las mande el capitán general del Archipiélago, ¡no, eso nunca sino porque llegan periódicos y telegramas un poco retrasados, de los corresponsales del comercio y de la prensa.

Se desprende de todos los textos que aquello va de veras, que lo de la sofocación inmediata era una ilusión de la ardiente fantasía gubernamental, que los insurrectos asesinan, talan é incendian á mansalva, que lo que iba á pasar se sabía con un semestre de anticipación, que se conocían las causas, y que... nadie se ocupaba en poner el remedio.

Á pesar de todo eso...

«Las noticias oficiales no coinciden, afortunadamente, con aquellas de que nos estamos ocupando, y por suerte la impresión que en esas esferas reina es bien distinta y algo más alejada de las notas pesimistas.»

¡Toma! Si en las *esferas* oficiales todo está siempre como en una balsa de aceite: la guerra de Cuba acabándose de un momento á otro, la de Filipinas dando las boqueadas y el crédito de la Nación más alto que nunca.

¡Si le digo á usted que perderemos las colonias y tendrán estatuas todos los ministros por la gracia que han hecho al perderlas!

Menos mal que Salmerón, en el discurso pronunciado en Alsasua, lo ha arreglado todo en un periquete.

No hay más que llamarle á él, á D. Nicolás, y estamos al cabo de la calle.

Sin perjuicio de que ahora esté altamente ofendido con las instituciones y no haya querido *juvar*, como dicen los chiquillos del Prado. Y así, alejándose del juego, se ha evitado el trabajo de oponerse á la aprobación de todos esos proyectos que tanto perjudican á la patria, y de influir directamente en sus destinos.

Así luego podrá salir del paso echando la culpa á Cánovas, que á su vez la *delegará* en Weyler y Blanco, los cuales demostrarán que todo obedece á negligencia de sus asistentes respectivos.

Y la responsabilidad tremenda de todo lo ocurrido caerá... sobre los monos sorteados y sorteables de la presente década.

Que son los encargados de lavar con su sangre las manos purcas de la administración ultramarina.

Por lo demás, como dicen los oradores cursis, no puede negarse que el país está sinceramente satisfecho de sus gobernantes y de cuanto con ellos se relaciona.

Observen ustedes que no viaja por esos trenes de Dios (porque nuestros no serán ya aunque pasen mil años), no viaja un solo personaje conserva-

dos, y *hacia* fusionista, aunque sea de tercera categoría, sin que le reciban los pueblos, ebrios de júbilo, con cohetes, músicas e iluminaciones.

Aquí se hacen manifestaciones en honor de D. Fulano, allí se nombra hijo adoptivo á D. Mengano, acullá se dedica una lápida conmemorativa á D. Perenceno.

No parece sino que á la Nación le gastá que le peguen en los nudillos, y en cuanto ve un escribiente de la clase de cuartos que tenga alguna relación con los partidos que turnan, se dirige á él respetuosamente para decirle:

—Joven, tenga usted la bondad de coger la badilla.

—o—

Recordarán ustedes (y cómo no) que hace mucho tiempo tuve el honor de participarles que se había agotado la segunda edición del libro de López Silva

LOS BARRIOS BAJOS

y que mientras se preparaba la tercera, tuvieran la bondad de esperar resignadamente los que hubieran hecho pedidos.

Bueno, pues... ¡ya se ha publicado!

Y por cierto que en la cubierta lleva el libro un lindísimo dibujo de Huertas que vale un imperio.

Conque... estamos á las órdenes de ustedes.

Aquí y en la librería de Fe.

★

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Zenón.—¡Andá, andá! Va lo creo que merec ocupar las columnas de cualquier periódico decentemente dirigido y, que además no repare en las sílabas.

¿Quiere usted mi firma?—Si usted quiere mandarla, la aceptaré por no hacerle un desaire; pero para publicar la composición no, de ninguna manera.

Sr. D. F. L.—Si usted cree que aquí no se publican versos más que de firma conocida, ó á fuerza de recomendaciones, hace usted mal en molestarse remitiéndolos.

Sr. D. G. D.—Pero, hombre, ¿no ve usted que esas *diabluras* no son diabluras, sino la mismísima inocencia versificada?

Sr. D. M. A.—Uno de los cargos que usted me atribuye no es mío. Respecto á lo otro, siento de veras no poder complacerle, pero no encuentro forma ni modo. Si pudiera alguna vez... cuente usted conmigo.

Sr. D. G. D.—Gastadísimos el asunto, que se ha tratado muchas veces en forma parecida.

Macabro.—Sentémonos hasta que sean consonantes *cuello* y *cislo*. Pero sentémonos en almohadas de plumas, á ser posible, porque... nos vamos á cansar de la postura.

Sr. D. J. G.—Voy á copiar la última humorada, para que usted la vea en letras de molde:

«Si será desgraciada Margarita
que ninguno la mira ¡y es tan bonitita!»

¿No le parece á usted tan candorosa como un niño chiquitín? Pues así son también las anteriores. Y ¿no le parece á usted que al segundo verso le sobra una sílaba?

Salvareño.—El chiste final se ha usado de igual modo en diferentes casos parecidos al de ese cuento ó en diferentes cuentos parecidos al de ese caso.

El solo de la antigua.—Vaya por una quisicosa de las de la muestra:

«Hay niña cuanto te quiero
si tú lo supieras bien
no me habieras dado calabazas
en la Puerta del Sol hayer.»

¿Qué trabajo le costaba á usted contar las sílabas y no abusar de las haches?

Buitingo.—¡Matre infelice! ¡Qué manera de aconsonantar! *Aborro* con modo, *creo con usura*... Verdaderamente las circunstancias difíciles porque atraviesa el país, al decir de los señores ministros que así le han puesto, no requieren otra cosa.

Un malta del Parnaso.—No; no tan malta como usted piensa ¡caracoles! que hay muchos peores en el mundo.

Reguado.—La mayor parte de esos epigramas, por no decir todos, adolece de un principal defecto. Que se han hecho infinidad de veces y en distintas formas.

Próspero.—¡Ay, sí! La contestación no puede ser otra que la que usted mismo indica.

M. Teris.—Si, señor, pueden publicarse; pero es preciso que lime usted un poco, que *descargue* las dos cartas para que resulten algo más concisas... y tendrán más efecto. ¿Usted comprende? Cuando haga usted ambas operaciones, remítamelas de nuevo firmadas.

Sr. D. P. L.—Vitoria.—No tenga usted cuidado, no creo que haya equivocaciones... si no es entre las torres de San Miguel y San Vicente. Pero ya están hechos los clichés y no tendría remedio.

Ruruqui.—En el segundo verso del soneto dice usted:

«Viera tus ojos enrojecer amantes

y... no quisiera equivocarme, pero me parece que esas son doce sílabas.

Espartero.—Hay que tener algo de humorismo, aunque sea un *sármis*.

Sr. D. J. R.—Verá usted, sin pasar de la primera estrofa nos encontramos con que los dos últimos versos no son endecasílabos, y con que no puede decirse «los grandes amores que los causó», porque tiene que ser los *causaron*.

¿Sirva?—Tendría usted que corregir primero la afección á las asonancias.

Chufa.—¡Anda, salero! Usted está en el limbo de los niños ó seno de Abraham, compadre. Porque hace tres años que venimos haciendo reducciones de los dibujos de *España cómica* y la anunciamos oportunamente, ¡como que ya se están acabando! ¿Ve usted lo que tiene no enterarse?

Sr. D. L. G.—Mándelo usted otra vez con su verdadera firma, porque supongo que no será ésa. ¿Ó si lo es?

Amén.—Gracias por el consejo, que se seguirá al pie de la letra. Pero hay que esperar unos cuantos años para empezar á ponerlo en práctica. De modo que... tiempo hay.

Fernandillo.—No versifica usted mal, aunque *diluye* demasiado. La ortografía, respectiva á las *bes*, es la que anda un poquitín descuidada.

Sr. D. A. M.—Á veces se le quedan á usted los versos cortos. Y otras veces le salen largos.

Nomar.—Ese escepticismo de tiempos de Espronceda ¿sabe usted lo que resulta ahora? Completamente cursi. Las mujeres de la orgía, el cerebro que ríe (!), el corazón que llora (!)... En fin, imposible.

Aché.—Sirve el último. Si usted quiere, mándelo firmado.

¿Puede ser?—Por hoy no, señor.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambay, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 46 dep.ª

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Malaga.—Manzanares.